

## INTRODUCCIÓN

El papa acababa de comenzar a hablar en el Palacio de Cristal de Nueva York. Los representantes de medio mundo, allí presentes, lo seguían con curiosidad y atención mientras leía en francés un texto largo y apasionado. Lo había escrito personalmente, palabra a palabra, en italiano, y revisó también personalmente la traducción en la que era un poco su segunda lengua, como lo había sido para su madre, muerta de repente mientras meditaba sobre las páginas de Bossuet. Había estudiado francés de niño y lo perfeccionó en París, siendo joven sacerdote, en un verano ya lejano, y, sobre todo, lo practicó siempre. Leyendo con pasión a autores muy apreciados y empleando a menudo su lengua en innumerables encuentros durante los treinta años transcurridos en la Secretaría de Estado del Vaticano, con responsabilidades cada vez mayores, hasta llegar a las más altas.

«Quien os habla es un hombre como vosotros; es vuestro hermano», dijo Montini, quien inmediatamente después, levantando los ojos del texto un momento, añadió: «¡Oh! sabéis bien quién somos. Y cualquiera que sea vuestra opinión sobre el pontífice de Roma, conocéis nuestra misión: traemos un mensaje para toda la humanidad». Más aún —continuó con una imagen sugestiva— «somos como el mensajero que al término de un largo viaje entrega la carta que le ha sido confiada»; cumpliendo «un anhelo que llevamos en el corazón desde hace casi veinte siglos. Sí, recordad. Hace mucho tiempo que llevamos con

nosotros una larga historia; celebramos aquí el epílogo de un laborioso peregrinaje en busca de un coloquio con el mundo entero, desde el día en que nos fue encomendado: Id, propagad la Buena Nueva a todas las naciones».

Ha pasado más de medio siglo desde aquel día y, con el paso cada vez más convulso del tiempo, la visita verdaderamente histórica de Pablo VI a la sede de las Naciones Unidas casi ha sido olvidada. Qué lejanos y desdibujados parecen los contornos de su pontificado y de su persona, arrinconados entre los menos olvidados de su predecesor Roncalli —el amigo de siempre, que apenas elegido en cónclave había hecho de él su primer cardenal, resarciéndolo así del exilio de Roma— y, sobre todo, los de su sucesor Wojtyła y de su larguísimo pontificado, después del brevísimo y misterioso paréntesis de Luciani. Un pontificado, el de Montini y su protagonista, ya lejanos en el recuerdo público, pero que el papa Bergoglio, no solo a causa de la canonización, está recordando a estos tiempos nuestros tan olvidadizos.

Las palabras del discurso en la ONU nos dejan ver de forma totalmente transparente al hombre y al cristiano convertido en sucesor del apóstol Pedro, y la imagen que mejor lo representa es sencilla y cercana: una mano que se alarga. Lo acredita un reportaje periodístico de la televisión italiana de aquellos años, que muestra al pontífice que, de igual a igual, como hombre instintivamente moderno, estrecha con sencillez las manos que lo buscan, sin rehuir a cuantos besan la suya, pero sin buscar homenajes que considera obsoletos. En la celebración de una misa en la catedral de Munich por el papa que acababa de morir, Ratzinger —el teólogo que era cardenal desde hacía apenas un año, creado en el último consistorio de Pablo VI— evocó el símbolo de la mano que se abre en una homilía que entonces pasó

totalmente desapercibida. El texto es, sin embargo, una lectura esencial de la figura de Montini y en algunos rasgos anticipa de modo impresionante el destino que el mismo Ratzinger viviría treinta y cinco años más tarde.

«En busca de un coloquio con el mundo entero»: la expresión utilizada por el papa en Nueva York encierra su itinerario biográfico, en apariencia escueto, y los quince años de un pontificado dramático y decisivo. «Tal vez nuestra vida no tenga otra nota más clara que la voluntad de amar a nuestro tiempo, a nuestro mundo, a cuantas almas hayamos podido acercarnos y a cuantas nos podamos acercar: pero con la lealtad y con la convicción de que Cristo es necesario y verdadero», anotaba, en efecto, el papa en un apunte (que se remonta probablemente a algún mes antes del discurso ante la ONU) sobre su predecesor Roncalli, con el que ya lo habían enfrentado ideológicamente. Habitado a reflexionar sobre sí mismo, Montini escribió siempre muchísimo: apuntes personales, cartas, artículos, discursos, en una grafía sobria y clara, con pocos cambios. Es además el mismo papa —caso no frecuente— el que escribe personalmente buena parte de los textos públicos del pontificado, a menudo bellísimos y que impresionan por la coherencia, incluso estilística, con los de los años precedentes, incluidos los juveniles.

¿Pero quién era este papa que eligió el nombre de san Pablo, la figura más significativa del cristianismo de los orígenes? Un hombre y un cristiano, ciertamente, que vivió parte del siglo XX apasionada y plenamente partícipe de su tiempo. Nacido el 26 de septiembre de 1897 en Concesio, un pequeño pueblo a las puertas de Brescia, se extinguió inesperadamente la noche del 6 de agosto de 1978, fiesta de la Transfiguración, en el calor sofocante de la residencia pontificia de Castel Gandolfo.

Su padre Giorgio, abogado y periodista, después diputado popular, había sido uno de los representantes del catolicismo más abierto y responsable. Dulce y rigurosa al mismo tiempo, la madre, Giuditta Alghisi, había sabido transmitir a los tres hijos varones una espiritualidad profunda y exigente. Así, atraído en sus primeros años de juventud por la oración de un grupo de monjes franceses exiliados en la campiña bresciana, el segundo hijo, Giovanni Battista, sintió pronto la vocación religiosa, madurada en el ambiente abierto de los sacerdotes oratorianos de Brescia. Ordenado sacerdote en 1920, acudió en otoño de aquel año a Roma para completar los estudios, permaneciendo en ella hasta finales de 1954, casi sin interrupciones. En 1924 entró en el servicio diplomático de la Santa Sede y pasó unos treinta años en la Secretaría de Estado, en cargos de responsabilidad cada vez mayor —como estrecho colaborador de Pacelli, que fue primero secretario de Estado y después pontífice— hasta alcanzar los puestos más altos (como sustituto desde los últimos días de 1937 y como pro-secretario de Estado desde finales de 1952). Salió de Roma con el nombramiento, tan prestigioso como comprometido, de arzobispo de Milán. Pero el exilio milanés resultó ser decisivo: creado cardenal por el nuevo papa, el amigo Roncalli, a la muerte de este fue elegido sucesor suyo la mañana del 21 de junio de 1963, mientras el primer sol de verano inundaba con una luz cegadora la Plaza de San Pedro. «El mundo me observa, viene a mí. Debo aprender a amarlo verdaderamente. A la Iglesia, tal como es. Al mundo, tal como es», anota el día de la elección, ya avanzada la noche, en el apartamento pontificio, que le causa «una profunda impresión de incomodidad y confianza al mismo tiempo». Y en la misma plaza donde por primera vez se había asomado a la logia de la basílica